

VIDEO ARTE Y AUTOBIOGRAFIA

Patricio Marchant

Preguntar si acaso lo que en un sentido, si no profundo, usual, llamamos “autobiografía” se inscribe, y como momento fundamental, en *la época del sujeto*. Concepción de éste como la presencia (transparente) ante sí —”estancia con mi vida, debo reconocerme” (Jean Jacques), pensamiento, al parecer, del pensamiento que del Ser escucha esto: el resonar de su don, Heidegger.

Y se sabe, cinco son los rasgos que según Heidegger caracterizan a la época moderna: la ciencia moderna, la técnica, la comprensión de la obra de arte como experiencia vivida (surgimiento de la “estética”), el *habitar* humano entendido como cultura (*Kultur*) y el desalojo de los Dioses (*Entgötterung*). *Desalojo de los Dioses: estos*, lejos de dominar —y de este modo: *como su esplendor— el destino*, la historia humana, son relegados, exiliados, a la esfera de la conciencia individual. Y es ésta, como *religión, y ya no esplendor*, quien decide, como sus propios criterios, si acepta y cree o no acepta y descrea acerca de Aquellos; más bien, que decide, de un único Dios, esto: su “existencia”. “Cuando se llega a tal estado de cosas, escribe Heidegger, los Dioses desaparecen. El vacío que resulta de lo anterior es reemplazado por la investigación histórica y psicológica de los mitos”. Conciencia individual, religiosidad: necesidad, en un estrato profundo, de cierto “ateísmo” de la “autobiografía”

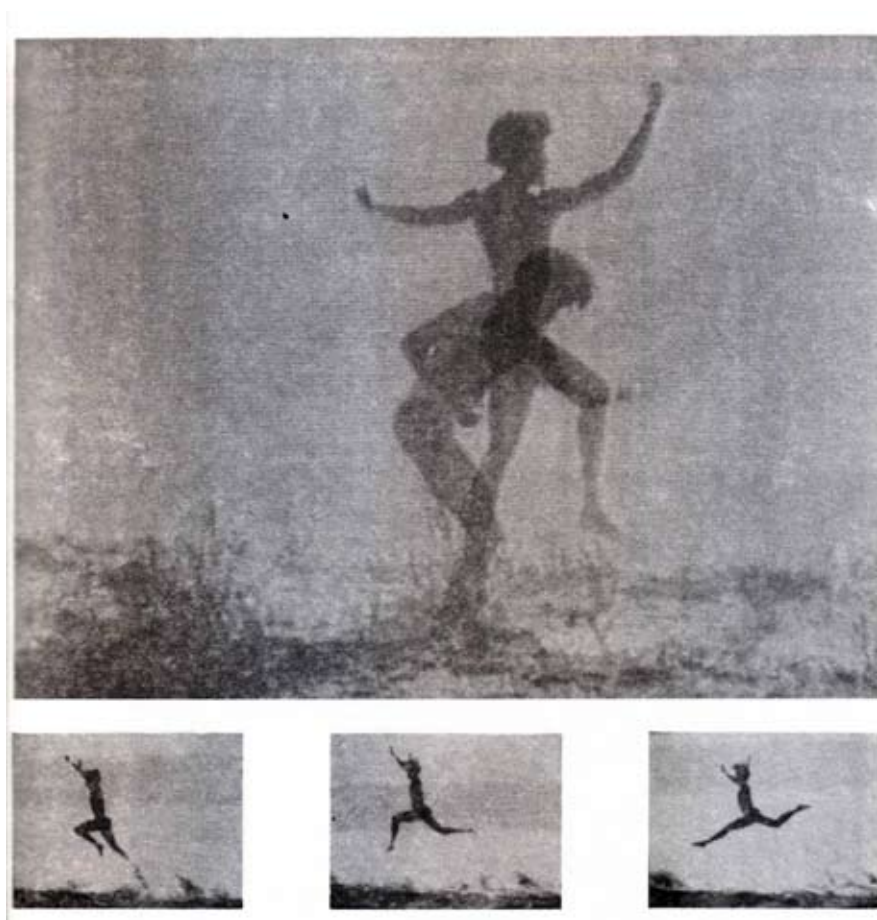
¿La “autobiografía”, momento de la época moderna, otro rasgo a agregar a la época moderna o rasgo que se desprende necesariamente de los cinco rasgos señalados por Heidegger? Con todo, ¿es, se da, todo así, *simplemente*? ¿0 no cabe distinguir entre la *simple autobiografía* y lo que Jean Jacques inauguró como “autobiografía”, como “confesiones” (y éstas, no es novedad decirlo, ocupan un espacio bastante más extenso que la obra, famosa, así titulada)? Ahora bien, por una parte, si los motivos modernos de la conciencia individual como criterio de la verdad y el bien, esto es, todos los motivos “logocéntricos” están, sin duda, pero, *ante todo, como deseo*, presentes en los escritos, en la escritura, de Jean Jacques, sin embargo, la trama o la textura

de su escritura, como obstáculo a la transparencia, complica, molesta y compromete —triunfa, en verdad—, sobre ese deseo “logocéntrico”. Deseo de transparencia, experiencia del obstáculo, magnífico título de la obra de Starobinsky (*Jean Jacques Rousseau. La transparence et l'obstacle*), Pues si la “autobiografía” contemporánea (no lo que hemos llamado *la simple autobiografía*, ese género menor que, como marca del pasado se presenta, en el presente) busca el obstáculo, la necesidad implacable —la “crueldad artaudiana”—, el yo reducido a momentos de un juego de fuerzas que, ellas, dominan (*¿cómo su esplendor?*), *¿no es* el caso —honradez— así como se puede mostrar el origen —lo veremos— del deseo manifiesto y oculto de Rousseau por la transparencia inmediata; necesidad de preguntarse por el deseo oculto que mueve la negación de la *simple autobiografía*, deseo del deseo por la necesidad impersonal?

Partamos por este hecho en modo alguno simple. Que la transparencia de la presencia ante sí define la Decisión (la verdad, el bien, la belleza, etc.) de la Modernidad, Heidegger lo lee en Descartes, no en Jean Jacques. ¿Por qué Heidegger calla ante Rousseau, Rousseau quien de modo tan esencial define la época moderna y contemporánea?

¿Por qué, si no pensamos, por temor, ante la escritura irreductible (como toda escritura, por lo demás), de Rousseau, esa unión, en Heidegger, deseo de unión, más bien, del Ser y el escuchar, desvalorización de la escritura (desvalorización escrita en setenta volúmenes)? Al contrario, conciencia en Jean Jacques, pese a su pretensión de mantener la superioridad de la conciencia, de la necesidad de la escritura. ¿Por qué Jean Jacques escribe y sabe que *tiene que escribir*? *Starobinsky lo muestra: Rousseau escribe porque se sabe juzgado*, esto es, condenado por los otros, y apela ante esa condenación —que Dios sea para Jean Jacques el tribunal supremo y definitivo, no lo exime, no curiosamente, sino como “ateísmo” que no se entiende a sí mismo, de permanecer atento fijamente al juicio de los otros. Y conciencia en Rousseau de lo permanentemente e imperturbablemente negado por Heidegger, conexión de la escritura y la sexualidad. Conexión que se establece apenas iniciada *Las Confesiones*: la “fessée” de Mlle. de Lambercier, la *mano* de Mlle. Lambercier, ese *signo de deseo* que aparece en la segunda “fessée” y que Mlle. de Lambercier descubre, “castigo” que Jean Jacques reconoce que ha —y para siempre— “decidido de mis gustos, de sus pasiones, de mí para el resto de mi vida”, “gusto extraño” (“bizarro”), siempre persistente”. Sexualidad y escritura, relación arcaica, Lilith, madre primitiva, “demonio del Mediodía”. Tradición: niño judío que se masturba —Jean Jacques, ese eterno niño, onanista— engendra hijos en Litith, semen que penetra en su vientre, deseosa. Masturbación, identidad, relación; el lápiz en la *mano*, placer, semen: recuerdo de Mlle. de Lambercier —que obliga a escribir.

Pero, qué: ¿video arte y autobiografía? Quienes saben la técnica del video, todos saben que no me cuento entre ellos, saben de su diferencia técnica con la fotografía y el cine, fin de la transposición a otros dominios de la cámara oscura como metáfora; metáfora que se inscribió —perversamente— en tantos otros campos del saber. Pero el video arte como *simple autobiografía* y como necesidad que supera la



simple autobiografía, no puede prescindir de “objetos” —ninguna estructuración del inconsciente podría prescindir de “objetos”. De este modo, en la *simple autobiografía*, yo que se muestra, alma o cuerpo, cuerpo y alma, repetición del gesto —ese débil gesto—, del telescopio de Saint-Preux, telescopio incapaz de ver claramente a Julie, satisfacción de Saint-Preux en esa imposibilidad. O, en el video como trama de la necesidad artaudiana, video en el cual yo sólo es una voz o, más bien, un momento, que trabaja junto, como en una gran fuga, con otras voces o momentos —así el “Bach” de Juan— *presencia del espejo por medio del cual* Mme. de Basile goza viendo a Jean Jacques que goza contemplándola, creyéndose —o creyéndose creer— no contemplado: *débil telescopio, espejo delator*, Rousseau, contemporáneo nuestro que hasta del video no ignoró sus operaciones secretas.



Ningún interés, por nuestra parte, por los videos *simplemente autobiográficos*, la mayor parte, de ninguna manera, todos, los videoarte que se producen en Chile. Pero insistimos en la pregunta ya formulada. Si existe un deseo de “logocentrismo”, ¿no existe también un deseo, y un deseo preciso, en el gran video impersonal (o “autobiográficamente necesario”)?

Si la escritura de Rousseau parte de la del juicio y condenación del otro, del reconocimiento de una culpabilidad —culpabilidad reconocible, distinta, sin embargo, de la que sus enemigos le achacan—, ¿acaso deseo de *inocencia* de una obra de video arte impersonal, *necesidad* que no rebaja a fijarse en culpas “individuales”? Tentación de interpretar así, de este modo, el deseo secreto de quien trabaja la crueldad artaudiana. Pero inocencia, inocencia de esa interpretación, inocencia que el espejo de Mme. de Basile nos impide mantener. Si no culpable, el artista “impersonal” se sabe, no inocente; *antes* que inocente o culpable se sabe *reo*, estructuralmente *reo*.

Schuldigsein, concepto de Heidegger; “ser culpable” se lo tradujo inocente y culpablemente. *Pero Schuldigsein, en Heidegger, significa (Derrida) ser reo, estructura fundamental. Ser reo: Rousseau y Kafka, Derrida desconstruyendo a Heidegger, videoarte y desconstrucción del “falojocentrismo”.*